

Inspiración cristiana de la UCA a los 40 años

Jon Sobrino S. I.¹

El cristianismo tiene una gran capacidad para sacudir, sanar, iluminar y animar. Eso ha ocurrido en la UCA, en estos cuarenta años —a veces insignemente—, porque en ella echó raíces la inspiración cristiana. Ahora quisiera hacer unas breves reflexiones para que la UCA se siga alimentando de esas raíces, se pregunte si y cómo lo hace, y cómo lo puede y debe hacer. En primer lugar, voy a recordar sus orígenes y después mencionaré algunos elementos importantes de la inspiración cristiana para la actualidad.

1. La conversión fundacional

Desde el comienzo, en la UCA se hizo presente, de alguna forma, lo que podemos llamar “lo cristiano”. En efecto, fueron padres de familia de colegios *católicos*, quienes se acercaron a la *Compañía de Jesús* con el beneplácito del *arzobispo* para fundar una universidad privada. Querían una universidad “católica” —así se hablaba entonces—, que facilitase la buena formación de sus hijos como profesionales y que les defendiese del marxismo. La Compañía de Jesús aceptó el compromiso, pero, ya en los comienzos, hizo dos cambios significativos a la propuesta: la universidad no sería una corporación lucrativa, sino de utilidad pública, y no se orientaría únicamente a la formación de grupos selectos de profesionales, sino al desarrollo económico y social del país y de la región centroamericana. Además, como nombre suyo, eligió el de José Simeón Cañas, incansable defensor de la libertad de los esclavos.

1. Ponencia dictada por el P. Sobrino en la Cátedra de Realidad Nacional, el 10 de noviembre de 2005, en ocasión de los 40 años de existencia de la Universidad y en el marco del aniversario 16 de los mártires jesuitas.

Pocos años después, con las nuevas ideas de Medellín y de un pequeño grupo de jesuitas que llegó a la universidad, la UCA emprendió un cambio más radical. En 1970, lo hizo público en Washington, al firmar un contrato de préstamo con el Banco Interamericano de Desarrollo. En esa ocasión y en ese lugar simbólico, afirmó con toda claridad de qué tipo de universidad se quería distanciar y qué universidad quería ser.

En nuestra situación, la universidad no puede contentar su conciencia —ni conformar su estructura— pensando que a través de los profesionales formados por ella va alcanzar inmediatamente a todo el pueblo. No siempre los profesionales sacan de la universidad la debida conciencia de servicio, antes al contrario, se aprovechan de los medios que ella les proporciona para impedir o retrasar la justa promoción y distribución de la riqueza nacional².

Esto era lo que la universidad no quería ser, con lo cual se criticaba y superaba la idea reinante de universidad privada, incluida muchas de las de los jesuitas. Pero el discurso apuntó positivamente a lo nuevo que quería ser la UCA, tal como quedaba implicado en su nombre.

José Simeón Cañas fue un sacerdote salvadoreño que, tanto desde su verdad cristiana como desde su verdad secular, entendió que su misión última era la libertad. Denunció la situación injusta de aquella forma histórica de opresión que era la esclavitud, y logró con su esfuerzo un cambio fundamental en la estructura legal, social y política de Centroamérica³.

La nueva universidad surgió, pues, en contraste y aun en confrontación con una antigua idea de universidad. El cambio no fue accidental, sino esencial. Y como ese cambio fue costoso y arriesgado, bien se puede hablar de “conversión”.

La UCA fue creciendo de muchas maneras, pero su identidad se fue haciendo al mantenerse fiel a la nueva idea de “liberación de la esclavitud”, en las situaciones difíciles que se avecinaban. Algunos recuerdan todavía los graves problemas de aquellos años que, por cierto, no eran todavía años de guerra, aunque sí de injusticia y represión: la guerra de Honduras, en 1969; la huelga de ANDES, en 1971; el fraude electoral, en 1972. Estos acontecimientos afectaban la vida —y muchas veces la muerte, por opresión o represión— de las mayorías populares. Entonces, la UCA tuvo que decidirse —si quería ser creíble— a actuar de acuerdo con lo que había dicho en Washington. Y así lo hizo.

Insistiendo en su identidad específicamente universitaria, hizo, de forma novedosa, una opción para encontrar su lugar en la realidad mayoritaria, definitoria por su naturaleza masiva y por la crueldad de la pobreza, injusticia y falsedad, sin que el mundo del saber le apartase de esa realidad y le justificase

2. “Discurso de la Universidad Centroamericana ‘José Simeón Cañas’, en la firma del contrato con el BID”, en *Pensamiento universitario*, San Salvador, 1989, p. 11.

3. *Ibid.*, p. 13.



poder distanciarse de ella; una opción por una misión en favor de la vida y dignidad de las mayorías, la justicia y la verdad, en contra de la muerte, la injusticia y la falsedad; decidió introducirse en el conflicto que todo eso le acarrea, haciéndose así, de alguna manera, afín a esas mismas mayorías y cobrando credibilidad ante ellas, y también decidió mantenerse fiel, con creatividad, a la dinámica que le marcaba esta nueva idea de universidad, lo cual ocurrió en medio de graves tribulaciones para el pueblo y para la UCA, en los años setenta y ochenta.

Así se fue haciendo la UCA, sin tener todavía un ideario de universidad cristiana. Es cierto que comenzó bien equipada con la tradición universitaria de la Compañía de Jesús, que tanto exige y propicia la excelencia académica, pero se encontró también en total desnudez ante lo que una universidad del tercer mundo debe hacer para ser humana y cristiana. Tuvo que pasar por el trance amargo de escuchar las palabras del fraile dominico Antonio Montesinos: “¿cómo están en sueño tan letárgico dormidos?”. Y despertó.

En medio de este cambio, la UCA debía mantener —sin hacer ninguna concesión a planteamientos fáciles y aun demagógicos— su carácter universitario, el cual le viene dado por el saber. Pero tuvo que preguntarse, y se preguntó con honradez, de qué saber se trataba, de un saber que como mínimo no facilite autoengaños, ideologización y defensa del sistema injusto, en medio del cual vivía la universidad. El Padre Ellacuría lo formuló así. Para “saber” qué es la realidad hay que dejarse afectar por ella, estar real y activamente, no solo intencionalmente en ella. En segundo lugar, hay que tomar la realidad a nuestro cargo, con responsabilidad, haciendo de la inteligencia el momento ideológico de una praxis de justicia, de misericordia, de amor. Hay que estar dispuestos a cargar con las exigencias de la realidad, con realismo y pragmatismo, pero también con profecía y utopía, y con los costos que acarrea el enfoque dialéctico:

buscar la verdad contra la falsedad, lo cual siempre lleva consigo difamación, persecución y martirio⁴. Por último, hay que estar prestos —superando la *hybris* y arrogancia de quien cree que sabe más por estar en una universidad— a dejarse cargar por la realidad, es decir, a dejarse iluminar por ella, descubriendo también, desde los pobres, los caminos por seguir y las metas por alcanzar, aprendiendo de ellos sabiduría y dejándose llevar por su esperanza⁵.

2. Elementos específicos de la inspiración cristiana

Casi todo lo anterior se puede decir sin hacer referencia a la fe cristiana. Pero de hecho, el proceso anterior estaba configurado por un espíritu (fuerza) y una inspiración (luz), que provienen de lo más profundo de dicha fe. No es que la UCA adoptase, como desde fuera, normativas eclesiásticas, aunque no las desdeñase, sino que en su ser y hacer fue expresando realidades hondamente cristianas. De hecho cuando reflexionó sobre ello, reconoció que, en ese proceso, estaba la inspiración cristiana.

Cabe destacar algunos elementos específicos de la inspiración cristiana que, debidamente historizados, pueden seguir configurando a la UCA y que debieran ser tenidos en cuenta. No se debiera dar por supuesto que estos elementos están siempre ahí, inspirando a la UCA. Y tampoco debieran ser ignorados, como si los nuevos paradigmas los hubiesen enterrado por obsoletos e innecesarios. En lo personal, pienso que hay realidades trans-paradigmáticas —en la fe cristiana, la vida, cruz y resurrección de Jesús, ciertamente. Y también lo son los elementos específicos de la inspiración cristiana—. No se trata de ofrecer recetas cristianas, sino de ofrecer impulsos, luces y actitudes, que pueden configurar el quehacer de una universidad.

2.1. Cambio y conversión

El cambio que se operó, en los inicios de la UCA, lo hemos comprendido y formulado como “conversión”. Una realidad cristiana fundamental que puede y tiene que estar presente en cualquier ámbito de realidad, sin que haya razón alguna para que una universidad, que quiera ser de alguna forma cristiana, pueda verse exenta de esa obligación. Con el término “conversión” se expresa la profundidad del cambio, la nueva dirección que debe tomar la universidad, en buena parte, contraria a la anterior, y los costos que hay que asumir para llevar a cabo un cambio importante, cuando no radical.

4. *Cfr.* “Hacia una fundamentación filosófica del método teológico de la teología de la liberación”, *ECA* 322-323, 1975, 419. En ese artículo, el autor habla, en general, del recto ejercicio de la inteligencia, pero lo aplicó también al que debe realizarse en una universidad. Y digamos de paso que la inspiración cristiana que guiará a la universidad será, en su formalidad, de acuerdo con la teología de la liberación.

5. La explicitación de la dimensión de gratuidad del ejercicio de la inteligencia fue tomando forma más adelante.

La “conversión fundacional” de la UCA bien puede ser irreplicable por las circunstancias específicas “fundacionales” y por la forma específica que, en aquellos años, tomaba la opresión y la represión. Pero la “mística” de la conversión —por honradez con la realidad y por los bienes históricos que produjo— siempre debiera estar presente en la UCA.

2.2. Lo fundamental cristiano para la misión de la universidad

Desde muy pronto, la UCA retomó tres cosas de “lo cristiano”, remontándose para ello, por intuición y por el influjo de Medellín y de la teología de la liberación, a la vida, praxis y destino de Jesús de Nazaret.

La primera es el *reino de Dios*, predicado por Jesús, que mueve a la configuración de una sociedad justa, no solo desarrollada; a una sociedad digna, no solo capaz de satisfacer las necesidades básicas, y a una sociedad fraterna, ni siquiera solo formalmente democrática, en la cual las relaciones humanas sean esenciales. Por esa sociedad debe trabajar la UCA.

La segunda es la *opción por los pobres*, tal como aparece en el mensaje, la praxis y la cruz de Jesús, sin más razón para ello que la misericordia, las entrañas conmovidas ante su pobreza. Los pobres, a su vez, ofrecen una perspectiva y una parcialización, un “desde dónde” la UCA debe mirar la realidad y un desde dónde debe también mirarse a sí misma. Y ofrecen un “para quién” trabajar en directo: los pobres, las víctimas, los privados de dignidad, de nombre, de existencia, en una palabra, las mayorías sufrientes. Y en el trabajo por ellos, ellos ofrecen conversión y posibilidad de salvación para todos. Esa opción se debe realizar, cristianamente, en cualquier ámbito de realidad, y por ello también en la UCA.

La UCA busca la verdad, la justicia y la liberación, a través
de todas las formas humanas y humanizantes de saber
y de desarrollo social.

La tercera es el *conflicto de Jesús* con los poderosos por defender a los pobres, por lo cual murió en una cruz. Según esto, la UCA debe estar dispuesta a entrar en los conflictos de este mundo y a sufrir persecución, por defender en ellos la causa de los pobres.

En todo esto, lo más novedoso, y lo que nunca hay que dar por supuesto, es la centralidad del pobre en la autocomprensión y misión de la universidad. No sería difícil, por ejemplo, pensar el reino de Dios en términos de desarrollo. Pero sí lo es pensarlo consecuentemente para y desde los pobres. Ellacuría formuló esa relación entre universidad y pobres, en su discurso en la Universidad de Santa Clara (California), en 1982.

La universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón⁶.

2.3. La opción a recibir de los pobres

No es poco que una universidad haga la opción por los pobres. Pero debe hacer también la opción a recibir de ellos, para ser una universidad cristiana y eficaz. Esto es absolutamente contracultural, en el occidente actual, y es difícilmente tenido en cuenta, incluso en una teoría de universidad cristiana. Lo dificulta la *hybris* —arrogancia institucional— que, en este caso, genera el saber y el poder social de una universidad. Sin embargo, la posibilidad y la necesidad de recibir de los pobres ya se afirmaba en algunos textos importantes de la UCA, en la década de los setenta. “El cristianismo ve en los más necesitados, de una u otra forma, a los redentores de la historia”⁷. “El testimonio más explícito de la inspiración cristiana de la UCA es si ésta es realmente para el servicio del pueblo y si en ese servicio se deja orientar por el mismo pueblo oprimido”⁸.

Cómo puede y debe la UCA estar abierta a y recibir de las mayorías pobres, debe ser pensado cuidadosamente. Pero eso no invalida la tesis fundamental: de abajo proviene una luz, una dirección, una esperanza, y también algo que hemos llamado santidad primordial, que no proviene de otros lugares de la historia.

Mencionemos un solo ejemplo. Aunque casi en solitario, Ellacuría y varios profesores de teología de la UCA defendieron, en los años ochenta, que el reino de Dios, en nuestros días, tiene que ser comprendido como una civilización de la pobreza, que critique superadoramente la actual civilización de la riqueza. El mundo de la abundancia, dejado a sí mismo, trae más perdición que salvación para las inmensas mayorías de pobres, y trae también deshumanización para sus empobrecedores. Por ambos capítulos es la negación del reino de Dios. Sufre un fracaso humanista y moral. Pues bien, de ese mundo de pobreza puede venir civilización y humanización.

2.4. Redimir el pecado del mundo

La UCA busca la verdad, la justicia y la liberación, a través de todas las formas humanas y humanizantes de saber y de desarrollo social. Pero eso lo lleva a cabo en un mundo de opresión e injusticia. Según la fe cristiana, en ese

6. I. Ellacuría, “Discurso de graduación en la universidad de Santa Clara, 12 de junio de 1982”, *Carta a las Iglesias* 22 (julio 1982) 11.

7. I. Ellacuría, “Diez años después, es posible una universidad distinta?”, *ECA* 324-325, 1975, 627.

8. “Las funciones fundamentales de la Universidad y su operativización”, mayo de 1979, en *Planteamiento universitario*, 1989 p. 120.

mundo la liberación toma la forma específica de redención. Es decir, no solo hay que *producir bienes*, sino que, además, hay que *erradicar males*. Y según la misma tradición cristiana, para ello hay que *cargar con ese mal*. Muchas veces lo dijimos aquí, en El Salvador, en medio de *la violencia*: esta debe ser combatida de diversas formas, pero no se puede prescindir de cargar con ella para erradicarla.

Dicho en otras palabras, la lucha contra el mal no hay que hacerla solo “desde fuera”, sino que hay que combatir al mal también “desde dentro”. Por duro que sea, erradicar las raíces del mal no puede hacerse sin “cargar con la realidad”, sin cargar con el peso del mal. Entonces, al mal se lo combate y se lo puede vencer “desde dentro”.

La UCA tiene gran experiencia de ello, y así lo confirma la historia, desde Jesús de Nazaret hasta Gandhi, Martin Luther King, Monseñor Romero... Recordarlo ahora es importante para captar, en toda su profundidad, lo que hicieron todos los perseguidos, amenazados y mártires de la UCA, los ocho que recordamos estos días y muchos otros: aportaron “redención” a la liberación de un pueblo. Así lo dijo premonitoriamente Ignacio Ellacuría, en este mismo auditorio, el 19 de septiembre de 1989, por cierto en un discurso altamente político y en apariencia sin ningún matiz religioso, en presencia de los presidentes Carlos Arias, de Costa Rica, y Alfredo Cristiani:

Mucho ha sido el dolor y mucha la sangre derramada, pero ya el clásico *teologoumenon* de *nulla redemptio sine effusione sanguinis* nos viene a recordar que la salvación y la liberación de los pueblos pasa por muy dolorosos sacrificios⁹.

Los tiempos no parecen estar para hablar así, y se busca sanar los males solo añadiendo bienes, como si los primeros fueran desapareciendo por sí mismos, sin dejar cicatrices. Además, tampoco la realidad hace previsible las persecuciones y asesinatos de antaño para la universidad. Pero en realidades de gran opresión económica y social, que Juan Pablo II llegó a describir como “guerra”, es decir, de ataques violentos de las minorías a las mayorías, no es posible hablar de salvación sin preguntarse por la necesidad de *redención*. Hoy tomará otras formas, pero no se sanará el país sin la disponibilidad a ella. Y si hay que pensar también en términos de redención es porque, como se ha dicho muchas veces, la liberación que busca la UCA solo puede ocurrir, como por necesidad, con una dimensión dialéctica. Ciertamente, hay que buscar el progreso de la verdad, la justicia, la libertad y la vida, pero esta búsqueda siempre será de la verdad contra la falsedad, de la justicia contra la justicia, de la libertad contra la opresión, de la vida contra la muerte. En este “contra” se expresa la dimensión dialéctica de la misión de la UCA y expresa la necesidad de que la liberación tenga que ser pensada también como redención. Y ahí está el primer significado de sus mártires.

9. I. Ellacuría, “Palabras en el Doctorado *Honoris Causa* en Ciencias Políticas al Presidente de Costa Rica, Dr. Óscar Arias”, texto mimeografiado.

[...] “no toda universidad es ocasión de esperanza, pero sí lo es una universidad que, humilde y honradamente, trabaja por los pobres de este mundo, aprende de ellos y está dispuesta a dar todo lo que tiene por ellos”. Eso es lo que han hecho todos los mártires y lo que hicieron nuestros mártires de la UCA. Así, siguen generando esperanza.

2.5. Con quién caminar

La UCA debe caminar con todas las instituciones y personas que, de una u otra forma, persiguen el mismo fin de vida, justicia y verdad, que de alguna forma ofrecen aportes para lograr ese fin y que, al menos, no se oponen. Hoy, se ha facilitado el caminar, de alguna forma y manteniendo la independencia, con grupos sociales con quienes antes era imposible hacerlo para el bien del país. Pero la fe cristiana exige pensar bien cómo caminar, con quién hacer el camino y quiénes son, por así decirlo, los acompañantes fundamentales, que nunca deben quedar marginados.

Según la inspiración cristiana, hay que caminar, ante todo, con los pobres y oprimidos, con aquellos que, por los sufrimientos que padecen y por el anhelo de vida que les es connatural, desean fervientemente que cambie este mundo. “Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”¹⁰.

En el contexto de con quién caminar, es imposible no mencionar a Monseñor Romero. Ignacio Ellacuría lo expresó pública y solemnemente, en este mismo auditorio, en 1985.

Monseñor Romero pidió nuestra colaboración, en múltiples ocasiones, y esto representa para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió y por la causa por la que nos la pidió... Pero en todas estas colaboraciones, no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el coadjutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco¹¹.

Con quién caminar no es pregunta inocente para una universidad. Indudablemente, no depende solo de la UCA elegir los acompañantes adecuados para llevar a cabo su misión, pero sí debe buscar que sus acompañantes principales sean salvadoreños y cristianos como Monseñor, y —lo cual no suele ser frecuen-

10. I. Ellacuría, “El desafío de las mayorías pobres”, *ECA* 493-494, 1989, 1078.

11. I. Ellacuría, “La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero”, *ECA* 437, 1985, 168.

te en las universidades— que sus acompañantes sean las mayorías sufrientes y esperanzadas. En su caminar, debe buscar acompañarles y dejarse acompañar — incluso dejarse guiar— por ellos y dejarse cuestionar por ellos para enderezar el rumbo. En ello le va buena parte de su misión salvadoreña y cristiana. Y en este mismo auditorio se han hecho presente esas mayorías y las comunidades de base para decirnos su palabra.

2.6. La esperanza

El Nuevo Testamento termina con esta esperanza: “He aquí que voy a crear cielos nuevos y tierra nueva”. Con modestia, podemos decir que una UCA fiel a sus raíces ofrece esperanza. Y en un mundo que mata las ilusiones y las expectativas más generosas y premia las actitudes más viciadas y egoístas, es este un gran aporte de la UCA, quizás su mayor aporte. Como repite don Pedro Casaldáliga: “si nos quitan la esperanza, nos han quitado todo”. “A la universidad le toca despertar más y más la esperanza”, decía Ellacuría.

Esa esperanza no es mero optimismo, y por ello, es crucial la pregunta de cómo se genera. Hace muchos años, leí estas palabras de Jürgen Moltman, que he citado muchas veces: “No toda vida es ocasión de esperanza, pero sí la vida de Jesús que por amor tomó la cruz”. Parafraseándolas, podemos decir: “no toda universidad es ocasión de esperanza, pero sí lo es una universidad que, humilde y honradamente, trabaja por los pobres de este mundo, aprende de ellos y está dispuesta a dar todo lo que tiene por ellos”. Eso es lo que han hecho todos los mártires y lo que hicieron nuestros mártires de la UCA. Así, siguen generando esperanza. Quizás nadie sepa explicar adecuadamente por qué. Pero es verdad, los mártires pueden hacernos superar el egoísmo y pueden hacer también el milagro mayor de generar la resignación y el desencanto.

Hemos mencionado algunos elementos importantes de la inspiración cristiana. Si pensamos en la UCA del presente y en la del futuro, no podemos decir de antemano cómo habrá que historizar esa inspiración. Pero en virtud de esa misma fe y en virtud de la historia de la UCA, en estos cuarenta años, algo importante podemos decir ya desde ahora. La UCA tiene varias raíces, pero una muy profunda e insustituible es la inspiración cristiana. Y pienso que, en un mundo como el nuestro, con su específica contextura social y religiosa, difícilmente se encontrará algo mejor para que la UCA lleve a cabo su misión, en favor de los pobres de este país y en favor del país entero. Dicho más modestamente, sin ella la UCA será difícilmente una universidad como la que necesita el país.

* * *

Pensando en los que trabajamos en la UCA, quiero terminar, sin comentar, con dos citas lapidarias de Ignacio Ellacuría sobre cómo la inspiración cristiana nos puede configurar a quienes trabajamos en la UCA. La primera es sobre el compromiso y sus costos.

La universidad con inspiración cristiana no es lugar de seguridad, de intereses egoístas, de lucros honoríficos y económicos, de vistosidades mundanas. Es lugar de sacrificio, de entrega personal, de renuncia¹².

La segunda son palabras de esperanza, que quisiera dedicar como agradecimiento a todas las personas que han trabajado en esta universidad a lo largo de estos cuarenta años y también como ánimo a quienes todavía trabajamos en ella. Bien sea que formulemos el misterio último de la vida como el Dios de Jesús, bien sea que lo formulemos con las mejores palabras que nos ofrece un corazón limpio y compasivo, estas palabras nos invitan a todos a ser

hombres nuevos —y mujeres nuevas— que siguen anunciando firmemente, aunque siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador¹³.

12. I. Ellacuría, "Diez años después", p. 627.

13. I. Ellacuría, "Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica", *Revista Latinoamericana de Teología* 17, 1989, 184.